



En aquel tiempo Jesús se fue a un cerro alto llevándose solamente a Pedro, a Santiago y a Juan. Allí, delante de ellos, cambió la apariencia de Jesús. Su ropa se volvió brillante y más blanca de lo que nadie podría dejarla por mucho que la lavara. Y vieron a Elías y a Moisés, que estaban conversando con Jesús. Pedro le dijo a Jesús: Maestro, ¡qué bien estamos aquí! Vamos a hacer tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías. Estaban tan asustados que Pedro no sabía lo que decía. En esto, apareció una nube y se posó sobre ellos. Y de la nube salió una voz que dijo: “Este es mi hijo amado: escúchenlo”.

Al momento, cuando miraron alrededor, ya no vieron a nadie con ellos, sino a Jesús solo. Mientras bajaban del cerro, Jesús les encargó que no contaran a nadie lo que habían visto, hasta que el Hijo del Hombre hubiera resucitado. Por eso guardaron el secreto entre ellos, aunque se preguntaban qué sería eso de resucitar (Marcos 9, 2-10).

En las lecturas bíblicas de hoy anteriores al Evangelio [Génesis 22, 1-18; y Carta del Apóstol San Pablo a los Romanos 8, 31-34], la Palabra de Dios nos invita a meditar sobre la relación entre la fe entendida como adhesión a Dios y el “sacrificio”, cuyo sentido conviene comprender bien para superar la concepción de una divinidad sedienta de sangre, propia de los cultos paganos y que difiere diametralmente del Dios que nos presenta la Biblia y que nos revela Jesús. Y en el pasaje del Evangelio según san Marcos (9, 2-10) el propio Jesús, que es la Palabra de Dios hecha carne, nos exhorta a renovar nuestra esperanza en un futuro pleno de paz y felicidad plena, en virtud de nuestra fe en su resurrección, significada en el relato de la Transfiguración, prenda y garantía de la resurrección de toda persona que crea en sus enseñanzas y se esfuerce por llevarlas a la práctica.

1. El sacrificio de Abraham, modelo de la fe en Dios

La palabra “sacrificio” significa ofrenda sagrada y designa originariamente el acto por el cual el ser humano le entrega a Dios las primicias de todo cuanto produce, ya que éstas se consideran propiedad divina. En las prescripciones rituales de las religiones primitivas existentes en la tierra de Canaán, por la que Abraham -nombre que significa “padre de multitudes”- trasegó como pastor con sus ganados después de haber salido de Ur de Caldea en el siglo 19 antes de Cristo, y donde unos siete siglos más tarde se establecerían los israelitas, este concepto del sacrificio se aplicaba también a los primogénitos, a quienes en los ritos antiguos se les daba muerte en “holocausto”, es decir, haciéndolos consumir totalmente por el fuego para ofrecerlos a los dioses.

La primera lectura de este domingo, tomada del libro del Génesis y que narra el sacrificio de Abraham, quien en vez de dar muerte a su hijo Isaac le ofrece a Dios un carnero, constituye un rechazo a los sacrificios rituales de seres humanos propios del paganismo. En el transcurso del relato se puede ver entre líneas cómo Abraham, quien al comienzo pensó que se le exigía dar muerte a Isaac, entiende finalmente que lo que Dios quiere es su disponibilidad para cumplir la voluntad divina.

2. Un Dios que “no perdonó a su propio Hijo” (?)

Esta frase de san Pablo en la segunda lectura puede parecer chocante e incomprensible. ¿Cómo así que el Dios infinitamente misericordioso, siempre dispuesto a perdonar que nos presentan tanto los Profetas y los Salmos en el Antiguo Testamento como los Evangelios en el Nuevo, “no perdonó a su propio Hijo”, a su Hijo Jesucristo?

Para entender esta expresión hay que darle el sentido que Pablo mismo explica con la frase que sigue: “lo entregó por todos nosotros”. Pablo evoca simbólicamente el relato del sacrificio de Abraham que escuchamos hoy en la primera lectura, para aplicar el significado profundo de aquel pasaje bíblico al don que Dios nos ha hecho de su Hijo, quien asumiría, como “Cordero de Dios”, el pecado del mundo para redimirnos, liberarnos del mal y hacernos partícipes de su resurrección

3. Jesús transfigurado fortalece la fe de sus discípulos

Antes del relato evangélico de la Transfiguración, Jesús les había dicho a sus discípulos que le iban a dar muerte en una cruz (Marcos 8, 31). De esta forma les había anunciado lo que iba a ser su propio sacrificio redentor, por el que Él, Dios hecho hombre, le daría un nuevo sentido a la ofrenda sagrada: el don de sí mismo hasta la entrega de la propia vida. Este nuevo sentido de la ofrenda a Dios es el que les había dicho poco antes que también ellos debían realizar si querían ser sus seguidores: “*Si alguno quiere ser discípulo mío, olvídese de sí mismo, cargue con su cruz y sígame*” (Marcos 8, 34).

El anuncio de su pasión y muerte, así como la exhortación a tomar la cruz, habían causado en aquellos primeros discípulos un efecto de desaliento. Pero también Jesús les había dicho que iba a resucitar. Por eso en la Transfiguración les manifiesta su gloria para fortalecerlos en la fe, haciéndoles ver en forma luminosa lo que sería el acontecimiento pascual de su resurrección e indicándoles que en Él se cumplirían las promesas contenidas en el Antiguo Testamento, específicamente en los textos bíblicos de la Ley y de los Profetas, simbolizados por las figuras de Moisés y Elías. Pero esto sólo lo entenderían en su verdadero sentido aquellos discípulos después de la muerte de Jesús, lo cual explica por qué Él les dijo que no contaran a nadie lo que habían visto, hasta que el Hijo del Hombre hubiera resucitado

También nosotros necesitamos que, en medio de la oscuridad de las circunstancias difíciles de nuestra existencia, cuando nos sentimos abrumados por el peso de la cruz que a cada cual le corresponde cargar, el Señor se nos manifieste iluminándonos con su propia luz y dándonos la fuerza que necesitamos para no desfallecer en el camino de la vida. Pero para que esto suceda, es preciso que busquemos espacios y aprovechemos los que se nos

ofrecen para disponernos a atender, en un clima de oración, la voz de Dios que nos dice interiormente, como a aquellos primeros discípulos: “*Este es mi Hijo predilecto, escúchenlo*” (Marcos 9, 7).